



## EL IMPACTO DE LA NOCIÓN MONOTEÍSTA Y SUS EFECTOS TRANSFORMATIVOS

«Aquel que posee un alma humana solo puede  
refugiarse en las construcciones que  
edifica con su propio trabajo espiritual».

Rab Abraham Kook

Resulta de suma importancia profundizar en el discurso bíblico del origen del monoteísmo iniciado por Abraham, pues además de constituir la piedra angular de la imagen global que se ha construido del pueblo de Israel, también puede considerarse como la fuente primigenia de la que emanan todos los problemas que ha debido enfrentar a lo largo de su historia.

Como vimos en el capítulo anterior, durante el episodio de la *Akedá*, el *midrash* señala que Ishmael y Eliezer son los muchachos que acompañan a Abraham e Itzjak; también mencionamos que el patriarca les pregunta si pueden ver la nube que él está observando. Esta interrogante puede interpretarse de manera literal, en su aspecto meramente físico: ven o no una nube, o en su sentido metafísico: comparten o no la misma perspectiva filosófica de Abraham. Ambos responden negativamente y él les pide que esperen mientras sube a realizar el sacrificio con su otro hijo. De acuerdo con la *Torá*, Isaac es el único que lo acompaña hasta su destino final y deja tras de sí a Eliezer, su siervo leal, y a su querido hijo Ishmael.

Es precisamente en este punto donde la *Torá* establece la causa de la problemática que el monoteísmo representará para el pueblo de Israel, pues el hecho de que Abraham decida compartir la experiencia espiritual solo con Itzjak suele interpretarse, erróneamente, en términos de “exclusividad”, como si a partir de esta decisión el patriarca declarara que el Di-s único le pertenece solamente a él y a quien él decida compartírselo.

## EL CONCEPTO | DE “EXCLUSIVIDAD”

Bajo el supuesto de la interpretación antes expuesta, la problemática derivada del monoteísmo se presenta como consecuencia natural de la declaración de una verdad absoluta, la cual, simultánea e implícitamente, proclama la falsedad de otras creencias.

1. V. pp. 176-177.

Sin embargo, debemos recordar que la idolatría y la monolatría son las corrientes religiosas prevalecientes en ese contexto histórico, por lo tanto, el monoteísmo no representa un problema religioso *per se*. Puede decirse que la noción de un solo Di-s, simplemente, agrega una deidad más a las existentes. El único conflicto temprano que genera la concepción del monoteísmo es con Nimrod<sup>2</sup>, el cual surge por motivos políticos, no religiosos, pues las ideas de Abraham atentan contra la estructura de control establecida por este rey.

El conflicto provocado por la “exclusividad” y por la lucha para apropiarse del monopolio del monoteísmo surge siglos después con la centralización de la autoridad, cuando la religión institucionalizada se convierte en uno de los instrumentos para alcanzar y mantener poderes hegemónicos.

Asimismo, se debe considerar que la labor proselitista que realiza Abraham solo tiene lugar al interior del grupo de los hebreos, muchos de los cuales lo siguen desde Jarán a Canaán y algunos, eventualmente, se separan de su clan. Esta circunstancia determina la configuración inicial del monoteísmo en los términos que parece plantear Abraham: “existe un único Di-s, es mío y para compartirlo contigo, tú debes seguirme”; es decir, en esta primera fase del monoteísmo, Di-s no es uno compartido, no es un Di-s que cada cual pueda encontrar, porque Su concepción misma aún no es comprensible para el hombre, aún no existe un marco conceptual y filosófico que traduzca la experiencia metafísica y espiritual de Di-s en términos de la realidad física y social inteligible para el ser humano.

Desde esta perspectiva, seguir a Abraham implica confiar en su experiencia espiritual y poseer el deseo de ser parte de la comunidad que está conformando en torno a su creencia personal, a una serie de valores con los cuales se debe ser compatible. Abraham comparte su sistema de creencias con todo aquel que esté dispuesto a ceñirse a sus principios espirituales y

2. V. p. 135.



conductuales, mas no intenta compartirlo con quien no comulga con su visión, pues reconoce que las diferencias son trascendentales en el plan Divino, en el cual cada grupo específico, con sus características distintivas, posee un rol importante.

De modo que la propuesta de Abraham contiene dos vertientes:

- 1) el carácter inclusivo del monoteísmo, representado en que su decisión de dejar a los muchachos no es arbitraria, pues antes de decidir les pregunta si ven lo mismo que él, esto es, si comparten su sistema de creencias;
- 2) la pertenencia a una comunidad espiritual que comparte un sistema religioso específico con sus propios principios y valores, ilustrada por la capacidad de Isaac para ver lo mismo que él.

Ambas vertientes están claramente representadas en sus dos hijos: Ishmael, quien gestará el nacimiento de otro credo monoteísta; e Itzjak, quien dará continuidad al iniciado por su padre.

El carácter inclusivo y universal del monoteísmo es mencionado en numerosas ocasiones en los textos bíblicos; por ejemplo, en la narrativa de la historia de Noé, quien no es hebreo ni israelita, de quien descienden todas las naciones de la tierra y a través de quien el Di-s único establece su alianza con el total de la humanidad. Una y otra vez, el discurso bíblico reafirma que ese Di-s es el Ser Supremo del total del universo y de todo hombre<sup>3</sup>, sin importar su sistema de creencias particular.

Existe, pues, una clara distinción entre la naturaleza inclusiva universal del monoteísmo y el carácter exclusivo de pertenencia al credo específico. En el caso del judaísmo, la forma institucionalizada de este carácter comienza a configurarse en el Monte Sinaí con el establecimiento de los man-

3. Entre otros ejemplos del carácter inclusivo del monoteísmo presentado por la Biblia, algunos relevantes se pueden encontrar en *Isaías 45:1-7* y *45:20-22*.

damientos, fundamento de la doctrina específica que va reafirmandose a lo largo de los años mediante la serie de reglas que conforman la Ley judía.

Lo anterior explica que sea en el campo de la institución religiosa y su sistema doctrinario donde, efectivamente, surge la exclusividad, pues de ellos depende la sobrevivencia del pueblo de Israel, que, eventualmente, sale al exilio y se ve obligado a convivir y compartir con otros sistemas culturales, lo cual conlleva el riesgo de su asimilación, la pérdida de sus características particulares y, por ende, de las herramientas para cumplir con su misión.

Por lo anterior, el pueblo de Israel debe estar preparado para trasladar la *Torá* y sus preceptos adonde quiera que vaya, pues la única manera de garantizar su cohesión y prevalencia, sin importar los contextos espacio-temporales y sus influencias culturales, políticas y religiosas, es crear una comunidad herméticamente unida en torno a su institución religiosa.

Desde esta óptica es posible comprender que el monoteísmo propuesto por el protojudaísmo no reposa sobre la máxima de la exclusividad, pues, por un lado, asumir esta idea sustenta un absurdo en el cual se declara que el total del universo fue creado, únicamente, para beneficio de un grupo específico; por el otro lado, reducir la noción universal monoteísta a un principio de exclusividad es tanto como negar la validez de la alianza establecida por el Creador con el total de la humanidad a través de Noaj.

Si bien puede decirse que la entrega de la *Torá* en el Sinaí constituye la “firma de un contrato de exclusividad” con el Creador, sus cláusulas no incluyen el monoteísmo, sino los 613 preceptos entregados al pueblo de Israel para que pueda cumplir con su propósito particular dentro del plan Divino.

Efectivamente, dichos preceptos son exclusivos, pues son intransferibles a otros pueblos, los cuales poseen otros objetivos específicos que alcanzar, para cuyo cumplimiento el mismo Di-s único les entregó los Siete Principios de los hijos de Noé.



## LA TRANSICIÓN | DEL QUERER AL DEBER

El impacto global derivado de la propuesta monoteísta, en primer lugar, supone una transformación en la forma de percibir y experimentar la realidad, pues provoca el paso de un hombre antropocéntrico, concentrado únicamente en sí mismo, a otro teocéntrico, cuya atención principal gira en torno al Creador.

En el politeísmo y la monolatría, ambos de naturaleza antropocéntrica, las intensas convicciones y constantes muestras de veneración poseen el único interés de alcanzar beneficios tangibles, de manipular todos los recursos disponibles en el entorno para satisfacer las necesidades personales de subsistencia, poder o riqueza en los términos y condiciones establecidos por el propio creyente. El antropocentrismo solo se enfoca en el ámbito de lo material y, por lo tanto, se halla confinado a la dimensión de *Elokim*, de ese mundo físico que Di-s encomendó al hombre conquistar, el cual, desde este enfoque, se halla regido por los deseos autocomplacientes del querer.

Por su parte, el teocentrismo, al cambiar su punto focal del hombre a Di-s, traslada a un segundo plano el deseo individual y pone la voluntad al servicio de un propósito que rebasa los límites de la autocomplacencia, sustituyendo así el querer por el deber y añadiendo su elemento consustancial: la responsabilidad.

En este sentido, es necesario comprender que el cambio del antropocentrismo al teocentrismo no sucede de manera repentina, representa un proceso de transformación paulatina individual y colectiva.

De acuerdo con la narrativa bíblica, dicho proceso comienza cuando Di-s instruye a Abraham a partir a la tierra de Canaán, momento en el cual podemos observar que, incluso con sus grandes virtudes, el patriarca aún carece de una conceptualización teológica, por lo que el Creador debe persuadirlo a realizar sus designios mediante el ofrecimiento de una recompensa. La

forma en que son presentadas las promesas<sup>4</sup> indican que las motivaciones de Abraham todavía obedecen a la satisfacción de sus intereses personales y materiales, los cuales, deja en claro el discurso, lejos de estar en riesgo, serán cumplidos con creces.

La convicción absoluta en la materialización de las promesas es lo que lleva al patriarca a obedecer al Creador y es entonces que inicia su transición filosófica hacia el teocentrismo, cuyo punto culminante es el episodio del sacrificio de Itzjak, cuando ha llegado al grado de despojar de importancia la realización de las promesas y ha situado en primer término el cumplimiento de la voluntad Divina.

A lo largo de su evolución espiritual, Abraham comprende ese sentido del deber intrínseco a su sistema teológico y lo asume, con toda la responsabilidad que conlleva, hasta sus máximas consecuencias. donándose a sí mismo a un propósito elevado más allá de sí mismo.

### Una mezcla balanceada

Debido a que el clímax del proceso de transformación de Abraham tiene lugar durante el pasaje de la *Akedá*, en él se concentran varias nociones esenciales del judaísmo.

Por un lado, su narrativa establece el deber de acatar la voluntad del Creador, aun cuando esta se oponga a los intereses individuales e incluso suponga realizar el sacrificio máximo; por el otro, manifiesta claramente que Di-s no desea someternos a dicho sacrificio.

Estas dos nociones delimitan la filosofía a seguir por el pueblo de Israel, la cual está constituida por una síntesis de teocentrismo y antropocentrismo,

4. V. pp. 138-139.



esto es: se concentra en Di-s como la fuente espiritual que impulsa a contraer una responsabilidad y a asumir un deber, cuyo cumplimiento exige enfocarse en el hombre como el motivo que inspira la realización de acciones, en el mundo físico, capaces de beneficiar a toda la especie humana. De modo que el objetivo supremo a alcanzar es Di-s y la manera de consumarlo consiste en servir a Su voluntad a través de la experiencia existencial con el prójimo.

Podemos inferir entonces, que la obediencia a la voluntad Divina no solo debe estar inspirada por el sentido del deber, sino también por la comprensión de que su fin máximo es el desarrollo total del ser humano y de su mundo pues, como lo plantea Rab Rafael Hirsch (1971), el interés que la *Torá* pone en el hombre no es teológico, sino antropológico.

Como hemos visto a lo largo de los textos aquí presentados, la propuesta judía del monoteísmo plantea que la conexión con Di-s debe establecerse a través de la contemplación espiritual y mediante la asunción del deber, de una responsabilidad que no aleja del mundo, sino que arroja a él, pues su campo de acción es la vida cotidiana y su objetivo, el entorno social. De ahí que el concepto de responsabilidad social forme parte de la esencia misma del judaísmo, que constituya una de sus características más distintivas y que represente una condición básica a través de la cual se asume el compromiso ético de contribuir al *tikún olam*.

De esta forma, la transición del querer al deber se establece como una prioridad fundamental de la propuesta monoteísta judía y sobre ella reposa la piedra angular de ese contrato de exclusividad entre Di-s y el pueblo de Israel representado por la entrega de preceptos de carácter imperativo.

Por una parte, dichos preceptos constituyen las herramientas indispensables para que Israel pueda cumplir con su responsabilidad específica; por otra, sirven de plataforma espiritual en el desarrollo de la síntesis entre antropocentrismo y teocentrismo, fundamental para que alcance su objetivo ulterior de santificar el mundo material, consagrando así el papel que el hombre juega en la Creación.

Ahora bien, la “firma” del “contrato” en cuestión supone que el pueblo de Israel acepta que es propiedad del Creador y que su deber consiste en servirle; por ello, el texto bíblico señala: “(...) si escucháis mi voz y cuidáis mi alianza, ustedes serán mi propiedad personal entre todos los pueblos” (Ex 19: 5). Esta noción es la fuente de donde se interpreta que Israel es “el pueblo elegido”. Sin embargo, es Israel quien elige convertirse en propiedad de Di-s al aceptar la *Torá*<sup>5</sup> y el deber de cumplir con sus preceptos y misión universal.

El carácter de “elegido” supone la transición voluntaria del querer a un deber que se convierte en parte de la esencia del ser individual y colectivo comprometido con la misma causa espiritual. En palabras de Shalom Rosenberg, (1996):

«El carácter de elegido únicamente confiere el estatus de primogénito [al pueblo de Israel], con la confianza en que un día los otros hermanos se le unan, de manera que la armonía entre nuestro mundo interior y la ley divina constituya la quintaesencia de la redención del fin de los días» .

## UN CAMINO | HACIA LA UNIDAD

De los planteamientos antes expuestos se desprende otro concepto fundamental intrínseco a la noción del monoteísmo: la unidad, atributo a alcanzar mediante la comunión entre Di-s, mundo e individuo, cuyas relaciones recíprocas, que se traducen en el deber conductual, explica el filósofo Franz Rosenzweig en su libro *La estrella de la redención* (1921).

En su obra, Rosenzweig esquematiza sus reflexiones sobre la razón de la existencia del hombre y del judaísmo; toma como inspiración la estrella de David, a la cual confiere un significado creativo en el que vincula, en una relación simbiótica tripartita, a Di-s, al mundo y al hombre en sus dos componentes primordiales: materia y espíritu, correspondiéndolos con cada

5. Existe un *midrash* donde se narra que Di-s ofreció la *Torá* a todos los demás pueblos, quienes no desearon recibirla.



uno de los tres vértices del primer triángulo: Di-s en el ángulo superior; el mundo, en el izquierdo; y el hombre, en el derecho.



### El Todo: unicidad singular comprendida por particularidades

La idea monoteísta ha generado en el espíritu humano la concepción de una razón única y absoluta del estado de existir que en la realidad tienen todas las cosas, lo cual ha inspirado en el hombre el deseo de conocer y comprender esa razón.

A este respecto, Rosenzweig establece que el conocimiento de Di-s solo puede alcanzarse entendiendo al Todo como el total de lo que existe: como una unidad singular y como la diversidad más comprensible de particularidades; es decir, no busca la comprensión del Todo desde un punto de vista absoluto, sino desde la perspectiva del ser humano finito y limitado, de modo que el concepto de Di-s se halla circunscrito al entendimiento restringido del hombre.

Ahora bien, la noción monoteísta del judaísmo solo afirma que Di-s es “único” e increado. Es único en tanto es el Todo y el todo está comprendido en él; es la inteligencia suprema de la cual emana la totalidad conocida y desconocida, y de la cual, exclusivamente, dimana la existencia de todas las cosas. Asimismo, es increado, pues es una fuerza no creada, es eterna e única en su unicidad, como afirman las Escrituras: «Antes de mí no fue formado otro Di-s ni después de mí lo habrá» (*Isaías 43:10*); «Yo soy el primero y el

último, fuera de mí no hay ningún Di-s» (*Ib. 44:6*).

Los planteamientos anteriores conducen a varias conclusiones fundamentales acerca de la reflexión sobre el papel de hombre en el mundo desde la perspectiva monoteísta.

En primer término, el concepto de la unicidad de Di-s, interpretado de manera filosófica, implica la noción de una única fuerza creadora que determina los roles particulares de cada uno de los elementos que constituyen el total de lo que existe. En la óptica judía, la unicidad se traduce en un solo poder al cual toda la Creación debe servir y obedecer; Di-s es un ser superior que mantiene bajo su dependencia fuerzas subalternas, de modo que el universo representa una organización supeditada a la dirección de una autoridad soberana, cuyo liderazgo único supone la alineación de todo lo creado hacia un fin común.

Este enfoque contiene en sí mismo el carácter universal intrínseco de la propuesta monoteísta, la cual está estructurada de manera que el hombre pueda apropiarla individualmente para trasladarla, mediante su propio perfeccionamiento espiritual, al campo de lo colectivo, donde debe trabajar concentrándose en la realización de un proyecto común: la reparación del mundo.

De lo anterior se desprende que la noción de un Di-s que se vincula a una sola nación es un concepto contradictorio, pues, como hemos mencionado, Di-s representa el Todo en esa unicidad singular en la que se conjunta la totalidad de particularidades existentes.

Por ello, la creencia en un Di-s único debe involucrar la convicción en el papel particular que cada elemento creado posee para alcanzar el fin común, por lo que el monoteísmo no constituye un privilegio exclusivo del pueblo de Israel, el cual, como hemos visto, posee la misión de transmitir un mensaje universal incluyente a fin de alcanzar el objetivo de reconstruir la familia humana.

Al ser el primero en aceptar el monoteísmo como la base de su teología y filosofía de vida, Israel es el primer pueblo que debe desarrollar el atributo

de la unidad, pues si bien, actualmente, es una de sus características más distintivas, no siempre ha sido así.

En los momentos tempranos de su evolución, el pueblo de Israel se hallaba constituido por un conjunto de clanes y tribus con grandes diferencias entre sí, por lo que no se relacionaban armónicamente y solo se unía en un frente común durante las guerras. Es a través del devenir histórico y las circunstancias que su unión se consolida, se convierte en una de sus mayores fortalezas y en el medio para cumplir con la misión que se comprometió a realizar al aceptar “el cargo” de pueblo elegido y “firmar el contrato” representado por la entrega de la *Torá*, mediante el cual asume la responsabilidad de preservar y transmitir el mensaje universal de la unidad.

Es importante enfatizar que, como ejemplifica la historia de Abraham, el deseo de participar en el cumplimiento de la misión encomendada no solo requiere estar motivado por un sentido del deber moral ni por el mero deseo de cumplir con los preceptos religiosos, sino, ante todo, por el amor que inspira el sentimiento genuino de corresponsabilidad hacia el prójimo, el cual constituye el fin máximo de la creencia en un solo Di-s.

No es coincidencia que el vocablo hebreo *ejad*, ‘uno’, empleado para designar la condición única de Di-s, y el término *ahavá*, ‘amor’, posean en numerología el mismo valor<sup>6</sup>: trece. Esta igualdad numérica connota que la responsabilidad y la corresponsabilidad, como elementos necesarios para que el hombre participe en la reparación del mundo, deben estar también inspiradas en la dimensión emocional, la cual se halla constituida por el amor al prójimo a través del cual la obligación impuesta se transforma en voluntad dispuesta.

A este respecto, Rab Kook señala:

«El amor por el prójimo debe estar vivo en el corazón y el alma; el amor

6. En el alfabeto hebreo cada letra posee un valor numérico que permite dar a las palabras un valor propio y establecer relaciones entre los diferentes vocablos y sus exégesis correspondiente.

por cada hombre en específico y el amor por todas las naciones; el deseo de su progreso espiritual y su bienestar material».

Someternos a la voluntad del Creador implica, entonces, servirle a través de nuestros semejantes, lo cual solo puede realizarse mediante acciones congruentes motivadas por el deseo de cumplir con una obligación ética, pero también impulsadas por la misericordia y la solidaridad, pues como explica el mismo erudito (1978):

«El amor por la gente debe nacer de la fuente de la compasión, no de un precepto preestablecido. De otro modo, perderá su elemento más luminoso; debe surgir como un movimiento espontáneo de la fuerza interior del alma».

La naturaleza monoteísta del judaísmo, lejos de identificarlo como una religión puramente étnica, también le confiere un carácter y una vena filosófica universalistas, cuya suma lo ha llevado a no cesar en ocuparse de la humanidad y sus destinos, pues, como apunta Rosenzweig, el judaísmo es un método cuyo objetivo es el mundo, por lo que incluso en sus rituales religiosos, señala Rab Kook, es necesario «experimentar el amor interior profundo por todas las naciones que nos estimula a asistirles en el mejoramiento de su condición material y en el fomento de su felicidad».

La vinculación del pueblo de Israel con las naciones del mundo y su papel en el devenir global de la humanidad constituye el núcleo mismo del propósito para el cual fue creado con sus características distintivas; por ello, su gloria reside en ser guardián del sistema de principios éticos y morales que le fue entregado para, a través de ellos, cumplir con su propósito de contribuir a la unidad entre los hombres y alcanzar así, en unión, la máxima misión de reparar el mundo.

La unión es la manifestación práctica del monoteísmo y el pueblo de Israel debe unirse para poder cumplir con su propósito original, pues si sus integrantes, absortos en la estrategia, nos separamos y dispersamos, generamos que la adversidad surja como un elemento necesario para propiciar la cohe-



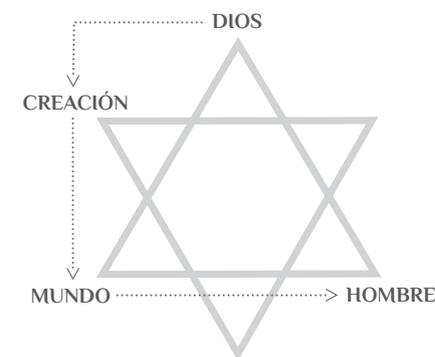
sión indispensable que nos permita transmitir el mensaje de unidad que nos fue encomendado.

### Relaciones recíprocas: Di-s, mundo y hombre

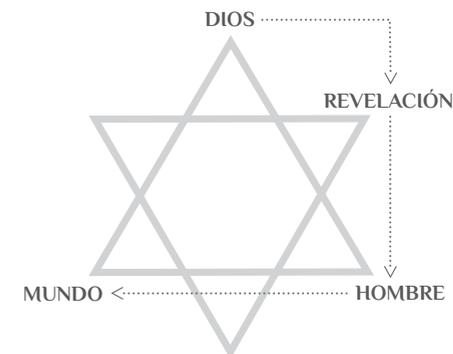
Para comprender el estado de existir que experimenta el ser humano es necesario entender las relaciones recíprocas que suceden entre Di-s, como el Todo, el mundo y el hombre. Para ello, debemos considerar el segundo triángulo invertido de la estrella, en cuyos ángulos se localizan la Creación, en el izquierdo; la Revelación, en el derecho; y la Redención, en el inferior.



De acuerdo con este esquema, Di-s se vincula con el universo a través de la Creación, a la cual imbuje su inteligencia suprema. Esta noción posee gran importancia filosófica, pues supone que, necesariamente, el Todopoderoso infunde a cada una de las partes de la Creación *un propósito general* y un *objetivo particular*. El hombre, como elemento de esa Creación, debe emplear el raciocinio y la capacidad de autoreconocimiento con los que fue dotado para indagar cuál es ese propósito general de todo lo creado, cuál es su papel dentro del universo y de qué manera su objetivo particular sirve al cumplimiento del propósito general.



Por otro lado, Dios se vincula con el hombre, de forma independiente, a través de la Revelación, contenida en la *Torá*, la cual, como hemos visto, integra el cuerpo de conocimientos necesarios para que el ser humano se sirva de su sabiduría, guía y consejo tanto para dilucidar el propósito general del universo como para que cumpla con su objetivo particular.



La Revelación brinda al ser humano la posibilidad de descubrir cuál es su papel en la sociedad y en el mundo; le permite establecer una conexión con el Creador, cuyo fin máximo es la comunión con el Todo contenido en él. El propósito de la Revelación consiste, entonces, en enfocar al hombre en su deber; le proporciona una fuente de enriquecimiento intelectual y espiritual





y que es la fuente misma de la supervivencia humana.

Trasladar la Revelación al mundo de manera pragmática implica que el hombre, individual y colectivamente, encamine sus esfuerzos hacia su propia transformación en un verdadero ser humano en quien prevalezca el sentido humanitario universal a través del cual demuestra su responsabilidad y responsabilidad con sus semejantes y con todas las criaturas y recursos del mundo para él creados, pues es consciente de que todo ello le fue entregado para alcanzar el propósito trascendental de su existencia y cumplir así con un fin mayor a sí mismo.

De modo que, de acuerdo con el esquema planteado por Rozensweig, Di-s provee los objetivos, las condiciones, las estrategias, las pautas y las herramientas de trabajo, mientras que el hombre es el encargado de realizar y completar la ardua tarea de cumplir con el propósito de la unificación sistemática del Todo, representado en la Redención, máximo objetivo de la reparación del mundo.

La concepción monoteísta propuesta por Abraham representa el primer paso en el proceso de síntesis de teocentrismo y antropocentrismo, y en la transformación del albedrío individual en deseo de servir a la voluntad suprema del Creador.

Para continuar construyendo su proyecto, Abraham elige a Itzjak, a quien sucederá Yaakov, el primer patriarca en repartir la responsabilidad de seguir desarrollando dicho proyecto, hecho que derivará en el nacimiento de Israel y en la entrega de la *Torá*, momento a partir del cual los integrantes de este pueblo reafirmarán su aceptación del código moral y ético necesario para cumplir con su misión.

Desde entonces, y de generación en generación, la estrategia que el pueblo de Israel ha empleado para cumplir con dicha misión consiste en continuar realizando la transición del querer al deber y de este, en el deseo voluntario de cola-

borar en la reparación del mundo inspirados por el amor que experimentamos a partir de nuestras relaciones recíprocas con el Di-s único, con el Todo.

En este sentido, el camino hacia la Redención, que propone la Revelación de los textos sagrados, se halla contenido en un único precepto: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lv 19:18), el cual parafraseó el gran sabio Hilel para resumir, en un solo enunciado, el total de las enseñanzas de la *Torá*: «No hagas a tu prójimo aquello que odias para ti. Todo lo demás es comentario», máxima conocida como la Regla de Oro.

Este camino representa, en términos de Rosenzweig, la meta máxima hacia donde se encaminan nuestros actos: la unificación amorosa que nos permite dignificar nuestra historia y nuestra existencia como miembros de la especie humana.

